

# Sobre *Crónicas literarias* de Federico Patán

Anamari Gomís

Cuando leo ya sea las crónicas, las novelas, los cuentos, los ensayos de Federico Patán, entro al mundo de un lenguaje elegante, que precisa las cosas, y que trate lo que trate, en el caso de lo ensayístico o de sus artículos, gravita en el territorio pleno de lo literario. Ni se diga más de los otros géneros que trabaja ni de su poesía, que hasta donde sé, nunca ha abandonado. *Crónicas literarias*, este nuevo libro que edita Eón, editorial que alimenta ya un catálogo interesantísimo, me lo bebí, hasta altas horas de la noche, que son mis mejores ratos. Lo suyo, lo de Federico, reside en exprimir de toda mínima reiteración su abordaje de la literatura de los otros. Lo que dice es lo que es, con la maestría de lo que Baltasar Gracián definía como “lo bueno breve, dos veces bueno”. Para extenderse cuenta con sus novelas, con su narrativa en general.

En *Crónicas literarias*, una recolección de su periodismo cultural elaborado durante varios años, Patán, como ya dije, tuvo que ceñirse a un número no siempre holgado de cuartillas, así que logró pergeñar mucho, con contundencia, en espacios limitados. Por eso sus ideas, su conocimiento de las literaturas que lo apasionan: la angloamericana y la hispanoamericana, su envidiable olfato literario brotan de inmediato en estas crónicas. No hay rodeos sino claridad, exactitud. Y, aun a pesar de eso, se van colando y van sorprendiendo al lector diferentes instancias en la vida de Federico Patán. ¿Qué rastrea Federico en su primera juventud, apenas salido de la adolescencia, en las librerías del Centro de la ciudad, cuando era otra ciudad y otras las librerías? Muchas veces le llamaban la atención las portadas, mentirosas como en el caso de *The Grass is*

*Singing* (1950) de Doris Lessing, que prometía sensualidad y sexo entre un negro y una granjera blanca. Por supuesto la novela no se inclinaba al erotismo como tema principal y así nuestro autor localizó a una gran autora, con la que muchos años más tarde pudo conversar y mostrarle el viejo libro y su fachada. Algo parecido le ocurrió con *Lolita* de Nabokov, por lo que del ansia morbosa de la juventud, desembocó en la obra de un extraordinario escritor. Y dado que Nabokov abandonó la escritura en ruso para escribir en inglés, Patán reflexiona, a pocos días de morir el rumano francés Eugène Ionesco, sobre el exilio de la lengua:

...y se exilió de su lengua nativa (lo he comentado a menudo: uno de los fenómenos sociales que mejor definen nuestro siglo), adoptando como propia la de su segundo país. Por tanto trabajó desde el interior de un idioma adquirido tardíamente, lo cual le permitió manejarlo con plena conciencia del alejamiento que respecto a él sentía. Esto le daba cimientos sólidos a la idea de la incomunicación esencial donde el ser humano vive encarcelado (p. 152).

Debido a que el exilio representa uno de los temas que mucho le importan a Federico Patán, hijo él de padres exiliados de la Guerra Civil Española, su especulación sobre la cárcel del lenguaje, acaso el más doloroso de los exilios, me sobrecoge. Al mismo tiempo, y siendo una reacción que nos asalta a todos, me divierte cómo el autor de *Último exilio* se asombra con la noticia de la muerte de Ionesco. “Pero este hombre ¿no había desaparecido ya?” (p. 151), lo cual le da pie para comentar sobre la obra del dramaturgo existencialista.

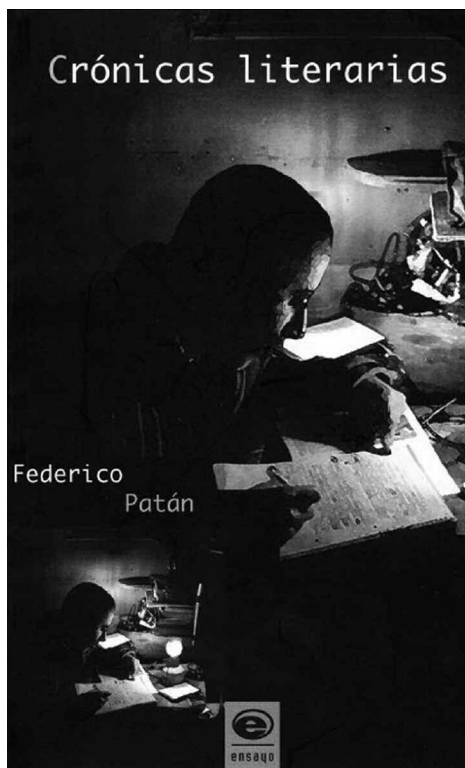


Jean-Jacques Dubosc, *Rincón de libros*

Se disfruta en *Crónicas literarias* cómo el tremendo lector que es Patán, desde sus mocedades y quizá desde su infancia en Perote, Veracruz, puede admirarse hasta el tuétano de la obra de un escritor o liquidarla y luego, por subsecuentes lecturas, ya que nunca se está quieto, corregirse a sí mismo, como le ocurrió con Marguerite Duras. Conoció primero la labor cinematográfica de Duras y, dicho sea de paso, Federico es un cinéfilo de hueso colorado. Le gustó mucho *Hiroshima, mon amour* con guión de la francesa y dirigida por Resnais. Le abrumó *India song*, película bajo la dirección de la propia escritora, pero cuando leyó *El amante de la China del Norte* se sorprendió de manera muy grata.

Me resultó enriquecedor cómo introduce Patán nuevos escritores a su canon, tan angloamericano, tan español, tan latinoamericano necesariamente. Por ejemplo a los japoneses, a Yasunari Kawabata, su favorito, a Kenzaburo Oe, a un escritor de novelas policiacas llamado Jiro Akagawa. Todo parte de su necesidad de investigar, de aumentar sus lecturas y de buscarle, como buen escritor que es, las costuras a los textos. Su verdadera pasión por la lectura lo llevó, por mucho tiempo, a apuntar todo lo que precisaba leer. Pero, como él mismo se lamenta, eran delirios de juventud. Uno no puede leerlo todo, pero Patán trata de leer lo más, de escribir lo más, de rumiar lo más sobre la esencia de lo literario, porque la literatura, de alguna u otra manera, transforma. El lector es educado por ella. Dice Federico:

Pongo a Grass en una línea de escritores sin compasión para el lector timorato. Le propone obras densas por su contenido, densas por su escritura, densas por el manejo de símbolos. Obras de cuya lectura no se



sale indemne, como debe ocurrir con la literatura. Lo uno, pues, a Thomas Mann, Hermann Hesse, Alfred Döblin, Heinrich Böll, Robert Musil, autores que he leído con espíritu abrumado y envidioso, sabiendo que en ellos está una de las varias narrativas que me han cambiado (p. 133).

El autor de *El rumor de su sangre* (novela, 1999), nuestro Federico, apunta siempre el año en que leyó un libro. Sabe de la primera vez que se adentró en las páginas de Cortázar, de Faulkner, de Toni Morrison, de Carlos Fuentes, de Pablo Neruda. Esto me admira, tanto como su seguimiento, como se dice ahora, de escritores que pocos conocen, verbigracia Henry Roth, autor de una novela titulada *Llámalo sueño*, de 1934, que alaba y desde luego recomienda. Henry Roth, víctima de un bloqueo de escritor o amagado por las críticas de sus

compañeros del Partido Comunista en Estados Unidos, dejó de escribir durante sesenta años para luego publicar, por lo que dice Federico, dos novelas seguidas. ¿Qué ocurre con un novelista así, por qué suceden esos silencios tan misteriosos? ¿Por qué Rulfo no volvió a sacar a la luz ningún escrito?, se pregunta también Patán.

Una de las crónicas más sabrosas, y todas lo son, tiene que ver con los aforismos. Ayer mismo, dándole crédito a quien la dijo y a Federico Patán, subí una espléndida frase de Diego Rivera a mi cuenta de Facebook: “El día en que todos los pendejos estén de acuerdo, se acabará el mundo”. Patán nos sugiere que vayamos a la caza de estas agudezas que casi todo escritor concibe, de esta suerte de greguerías, como las de Gómez de la Serna. A mí me gusta mucho una de Malcolm de Chazal, a quien nunca he leído, y que dice así: “El hombre está dispuesto a creer en todo, mientras se lo digan con misterio” (p. 211).

En fin, estas crónicas que atienden a Mary Shelley, devorada por su personaje Frankenstein; al poco tratado Juan Vicente Melo; a algunos poetas rusos; a Dashiell Hammett; a Iris Murdoch víctima de Alzheimer; a cómo el primer ministro británico Gladstone (1809-1898) se sentó a leer a Robert Louis Stevenson, sin parar; a la traducción del *Ulises* en mandarín, setenta y dos años después de la publicación de la gran novela de Joyce; crónicas que abordan a Saramago, al crítico Edmund Wilson y a muchos otros personajes paradigmáticos de la literatura; escritas y pensadas maravillosamente bien, ofrecerán ratos muy placenteros a quien se encuentre abrazado por la literatura y se apure a leerlas. ■

Federico Patán, *Crónicas literarias*, Editorial Eón, Colección Ensayo, México, 2009, 253 pp.

Las ideas, el conocimiento de las literaturas que lo apasionan: la angloamericana y la hispanoamericana, brotan de inmediato en estas crónicas de Federico Patán.